LITERATURA · ARTE · PENSAMIENTO

ÉVORA.

Revista cultural digital — Núm. 1 · Año 2026

ÉVORA.

Revista cultural digital
1.ª edición Año 2026 Núm. 1



Luis Alejandro Sánchez Vega
Director Évora

Colaboradores:

Oscar Guadalupe Millán Tamayo
Leyver Peinado Rodríguez
Ángel Julián Verdugo Galindo
Hellen Sarahi Cabanillas Leyva
Ian Báez Palazuelos
Karla Paloma Zazueta Gutiérrez
Jesus Iván Pérez del Rio
Daniel Oswaldo Morales López
Hugo Alberto Rodríguez Rodríguez
Godu
Erik Sánchez Gómez

Évora es una revista cultural digital sin fines de lucro dedicada a la difusión de la literatura, las artes y el pensamiento contemporáneo. Surge como un espacio para promover la creación literaria, el diálogo cultural y la reflexión crítica sobre nuestro tiempo. A través de la poesía, el cuento, el ensayo, la entrevista y otras manifestaciones artísticas, busca contribuir al fortalecimiento de la vida cultural y al encuentro entre autores, lectores y creadores.

ÉVORA.
Revista cultural digital
1.ª edición Año 2026 Núm. 1

Presentación

A su disposición se encuentra el primer número de **Évora**, una iniciativa realizada por jóvenes de la región centro-norte de Sinaloa. Este proyecto nace con el propósito de convertirse en un punto de encuentro cultural, impulsar la creación artística y cuestionar nuestras propias verdades. Creemos en la lectura como una forma de resistencia y en la escritura como una manera de comprender y transformar el mundo. Por ello, en estas páginas encontrarán poesía, cuento, ensayo y diversas expresiones artísticas que buscan abrir un espacio para el diálogo, la reflexión y el intercambio de ideas.

En ocasiones, nuestras sociedades parecen avanzar por espirales marcadas por la violencia, la incertidumbre y la fragmentación entre los individuos. A través de **Évora**, buscamos confrontar esas realidades mediante la apertura de un espacio de expresión para voces emergentes y para personas autoras con una trayectoria ya consolidada. Este encuentro de perspectivas tiene como finalidad construir, junto con las y los lectores, una comunidad capaz de promover una cultura crítica y participativa; una comunidad que dialogue, imagine y renueve constantemente sus entornos.

Évora aspira a ser más que una revista: busca convertirse en un lugar de encuentro donde la palabra sirva para reconocer nuestras diferencias, fortalecer nuestros vínculos y pensar colectivamente el presente. Les damos la bienvenida a este primer número y agradecemos que formen parte de este proyecto.

Luis Alejandro Sánchez Vega
Director Évora

INDICE

El sistema político mexicano

OSCAR GUADALUPE MILLÁN TAMAYO

Hablar de poder representa un tema con una extensa tradición en las Ciencias Sociales. Autores de gran relevancia histórica han tratado el tema desde diferentes vertientes; por ejemplo, encontramos a Platón con una estricta relación entre la sabiduría y el bien común en el ejercicio del poder.



En cambio, observamos otras perspectivas que distan de lo anterior, como la de Nicolás Maquiavelo, quien veía una relación más objetiva y analítica del poder con la política, donde lo que prevalecía era la idea de ascender al poder y ejercerlo sin que existieran limitaciones morales de por medio. Resulta pertinente señalar a otros autores más contemporáneos como Hannah Arendt o Michel Foucault, o algunos más clásicos como Max Weber o Thomas Hobbes. Aunque es posible señalar grandes diferencias en sus obras, todos ellos coinciden en lo esencial: la existencia del poder se relaciona con la capacidad de los individuos de imponer su voluntad sobre la de otros.

Aterrizar la idea del poder a través de la política es algo natural: son dos fuerzas que siempre estarán en conexión. Sin embargo, el ejercicio contemporáneo del poder a través de la política confunde a los ciudadanos. En México las experiencias democráticas parecen no satisfacer las necesidades de los ciudadanos. Encontramos muy pocos periodos de verdadera vida democrática en el país, ya que hemos tenido en nuestra historia experiencias de monarquías con Agustín de Iturbide y Maximiliano de Habsburgo, así como dictaduras como el famoso Porfiriato o los gobiernos de Antonio López de Santa Anna y de Victoriano Huerta, que derivaron en que la política mexicana requiriera mecanismos más sofisticados y democráticos para ascender al poder. Esto generó que, en 1929, con la presidencia de Plutarco Elías Calles, y hasta el 2000, el PRI fuera el partido político que tuvo en sus manos el ejercicio del poder. Cabe especificar que, a pesar de que dicho partido cambió su nombre de PNR a PRM y posteriormente a PRI, en realidad era el mismo partido el que continuaba en el poder; este periodo fue catalogado por Mario Vargas Llosa como “la dictadura perfecta”.

Posteriormente, desde el 2000 hasta la actualidad, han existido ciertos periodos de transición en la Presidencia de la República: han gobernado nuevos partidos políticos como el PAN (2000-2012), tuvimos el regreso del PRI (2012-2018) y finalmente el ascenso de MORENA (2018-actualidad) como un nuevo partido político con la oportunidad de ejercer el poder a través de la política de México.

A pesar de que los tiempos evolucionan y que en apariencia contamos con procesos democráticos y de transición política con partidos políticos nuevos y de ideologías diferentes, pareciera existir algo que siempre sobrevive a los años, los políticos, las tecnologías, las ciudadanías o las realidades, algo que podemos pensar y denominar como sistema político. Esta especie de "monstruo político" parece moldear a todo individuo que quiere modificarlo o, inclusive, este mismo sistema extermina a todo aquel que le incomoda para que siga funcionando, como muestran los ejemplos históricos de Francisco I. Madero, Álvaro Obregón o Luis Donaldo Colosio. Por supuesto que, en términos literales, no son las mismas personas las que han perdurado en el tiempo y que manejan la política del país. En la realidad, las personas, sus nombres, los colores y las instituciones cambian, pero prevalecen siempre las prácticas, que son las que alimentan y dan vida al sistema político, como la corrupción o la impunidad. Esta última tiene una increíble tasa de más del 90%, según diferentes organizaciones como Impunidad Cero o México Evalúa; es decir, solo 1 de cada 10 delitos en el país se castiga.

Es entendible y justificado el desencanto de la ciudadanía mexicana con su política. El sistema político que se ha construido a través de la historia cada vez crece más y se apodera de las consciencias de los individuos. Las prácticas más sutiles, como las mentiras, o hasta las más condenables, como los asesinatos, prevalecen en el país. El resultado de todo esto se manifiesta en la baja participación electoral en cada elección (aproximadamente 61% para las elecciones presidenciales y 47% en las intermedias), en los mecanismos de participación ciudadana que se encuentran en la ley, pero que no se aplican en la realidad. También, el mismo sistema político induce a la ciudadanía a desentenderse de los asuntos públicos nacionales y genera apatía por la situación de pobreza o precariedad de la sociedad mexicana.

Adicionalmente, tiene incidencia en la confianza de la ciudadanía en las instituciones políticas del país. En la más reciente Encuesta Nacional de Confianza en la Administración Pública (ENCOAP) de 2025 se reveló que los partidos políticos (46%) y los diputados y senadores (39.6%) son los actores de los que más desconfían los ciudadanos mexicanos.

Los efectos del sistema político son más visibles en cada elección de México. Los asesinatos, amenazas y violencia en general son cada vez más constantes. La idea de matar como un medio para pertenecer al sistema es algo que resulta más atractivo para muchos, ya que la incidencia de la violencia en las elecciones de nuestro país es cada vez más alarmante. También se observa su incidencia en el Estado de derecho: según el World Justice Project, México se posiciona en el lugar 125 de 143 países estudiados a través del Índice de Estado de Derecho en el mundo.

Las prácticas del sistema político mexicano, como la corrupción, la impunidad, las mentiras y la violencia, son perpetuas. Sin lugar a dudas, es posible afirmar que Platón se equivocó en México. El poder no se ejerce a través de la sabiduría ni mucho menos pensando en el bien común. Nuestra realidad es otra, más cercana a una película de terror en donde lo que siempre prevalece es el sistema político mexicano.



Escribiendo desde la memoria, Paloma Zazueta, una voz joven de la narrativa sinaloense



La literatura no siempre comienza entre bibliotecas repletas de libros. A veces nace en una casa donde nadie lee, en una comunidad pequeña o en la imaginación de una niña que, antes de conocer las grandes novelas, inventa historias mientras espera el siguiente capítulo de una telenovela. Así inició el camino de la escritora sinaloense Karla Paloma Zazueta Gutiérrez, autora de *Un pueblo negro*, una novela publicada por El Colegio de Sinaloa que la ha consolidado como una de las voces jóvenes más prometedoras de la narrativa regional sinaloense.

Aunque hoy su vida gira en torno a la escritura, sus primeros acercamientos a la literatura fueron modestos. Recuerda que en su hogar no había libros y que sus padres no eran lectores. Fue otra figura familiar quien abrió la primera puerta hacia el mundo de las letras. "Fue mi tía Braulia quien de alguna manera me introdujo al mundo de la literatura", nos cuenta. Más tarde llegarían los talleres de la biblioteca de su comunidad y la fascinación por *El país de Jauja*, una obra que la cautivó tanto por su historia como por sus ilustraciones. Sin embargo, confiesa que no fue una niña lectora. El acercamiento decisivo hacia los libros ocurrió durante la secundaria, cuando llegó a sus manos una novela que cambiaría para siempre su relación con las letras.

"La novela que selló mi destino fue Como agua para chocolate".

La escritura apareció incluso antes que la lectura constante. En la primaria descubrió los versos y las posibilidades de la imaginación, a través de la poesía, en un principio como un juego infantil que, al llegar la adolescencia, se fortalecería como parte de su identidad.

"Cuando me enseñaron cómo funcionan los versos y sus rimas fue un despertar literario para mí".

Pero en la construcción de su sensibilidad también existe una experiencia dolorosa que marcaría profundamente su obra. Durante su infancia, la muerte visitó tres veces en un mismo año la casa de su abuela. Fallecieron un tío, una tía abuela y su bisabuela. Aquellas pérdidas quedaron sembradas en su memoria hasta convertirse, muchos años después, en materia literaria.

"Pasarían quince años más para darme cuenta de que la historia que buscaba escribir ya la había vivido".

A la experiencia personal se sumaron las lecturas académicas. Durante su formación universitaria profundizó en el pensamiento feminista, realizó una tesis sobre Frida Kahlo y comenzó a consolidar una mirada crítica y sensible hacia la realidad de las mujeres. Por ello, no duda en señalar que "leer a mujeres ha sido la influencia más importante para mi literatura".

Hablar de la obra de Paloma es hablar también de Pericos, la comunidad que la vio crecer y que continúa habitando su escritura.

"Siempre me he sentido muy orgullosa de mi pueblo".

Cuando se trasladó a Culiacán para estudiar la universidad, descubrió el contraste entre la vida rural y el ritmo de una ciudad. Esa experiencia fortaleció aún más su vínculo con su comunidad. De hecho, reconoce que gran parte de su primera novela nació precisamente de ese pueblo que la ha acompañado desde su infancia.

"Pericos prácticamente me regaló las herramientas para mi primera novela; el 90% de los personajes están inspirados en personas reales, todas periqueñas".

Sus historias están pobladas por voces, costumbres y afectos que surgen de la vida cotidiana de las comunidades rurales, espacios que considera profundamente valiosos por las formas de convivencia que aún conservan.

A diferencia de quienes planean minuciosamente una identidad literaria, Paloma reconoce que su voz surgió de manera natural mientras escribía. Con el tiempo comenzó a notar que lectores y talleristas identificaban un ritmo muy particular en su narrativa. Algunos lo destacaban como una virtud y otros lo señalaban como una característica inusual para la prosa. Ella, lejos de renunciar a ese rasgo, decidió defenderlo.

"He defendido mis rimas en mi estilo porque la autenticidad para mí es importante".

Esa fidelidad a sí misma se ha convertido tanto en un principio de vida como en una declaración estética.

Un pueblo negro, su primera novela, despertó curiosidad incluso antes de ser leída. El título provocó interpretaciones diversas entre los habitantes de su comunidad, quienes imaginaban una historia relacionada con la violencia o con fenómenos sobrenaturales.
Sin embargo, la autora aclara que el verdadero corazón de la novela es otro.

"Es una historia que pareciera hablar solo de la muerte, pero verdaderamente habla de la vida misma y del amor que perdura incluso después de un puño de tierra en un entierro".

La publicación de su libro representó la materialización de un sueño largamente perseguido. Conserva los recuerdos de cada etapa: la noticia de que sería publicada, las primeras propuestas de portada, las invitaciones para la presentación y, finalmente, el instante de sostener el libro impreso por primera vez.

"Verlo ya en físico fue como tener en las manos un sueño que parecía muy lejano".

La aparición de la novela también transformó su comprensión del oficio literario. Si antes veía la escritura principalmente desde la inspiración, la experiencia editorial le enseñó el valor de la disciplina y la reescritura.

La historia tomó forma con relativa rapidez, pero el trabajo de corrección fue mucho más extenso. Mover personajes, ajustar tramas y revisar capítulos exigió tiempo y constancia.
Por ello sostiene que una de las lecciones más importantes que ha aprendido es que

"incluso las buenas ideas se trabajan para un buen resultado".

Un momento decisivo en su trayectoria ocurrió durante la pandemia, cuando fue seleccionada para participar en un taller nacional impartido por el escritor sinaloense Elmer Mendoza. Entre cerca de setenta participantes, Paloma logró integrarse al proyecto que posteriormente derivaría en la publicación de su novela. Más allá del prestigio del narrador, el principal aprendizaje surgió de su actitud como formador. Lo que más valora de aquella experiencia es la libertad creativa que Mendoza ofrecía a sus alumnos.

"Nunca trató de imponer su estilo o sus ideas para nuestras historias; siempre nos guió desde su experiencia con respeto".

Actualmente trabaja en una segunda novela, proyecto que obtuvo apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico (PECDA) Sinaloa y que espera publicar próximamente. La historia se sitúa en la Revolución Mexicana, pero lejos de los héroes tradicionales. Su atención se centra en las mujeres anónimas que permanecían en sus hogares enfrentando las limitaciones y el machismo de su tiempo.

En una propuesta narrativa poco convencional, la voz principal no pertenece a una persona, sino a un objeto: "La estrella de esa historia no son precisamente los personajes, sino el mueble que funge de narrador".

Paralelamente, sueña con regresar a la poesía, el género con el que inició su camino literario y que espera retomar con mayor formación y disciplina.



Cuando se le pregunta qué desea dejar en sus lectores, su respuesta revela una de las preocupaciones centrales de su obra: la empatía. Le conmueve saber que algunos lectores han llorado con *Un pueblo negro*, no por el sufrimiento en sí mismo, sino porque esas emociones demuestran la capacidad de la literatura para crear vínculos humanos profundos.

"Me gustaría que en mis lectores permaneciera la sensibilidad ante la tragedia ajena".

En tiempos en que la violencia parece normalizarse, considera indispensable recuperar la capacidad de conmoverse por el dolor de los otros.

Quizá por eso su mensaje para las nuevas generaciones resulta tan sencillo como contundente: leer, escribir y reconocer que cada persona guarda una historia que merece ser contada.

"Que no dejen de leer ni de escribir", aconseja. Y añade una idea que resume su propia trayectoria: "Cada escritor lleva un mundo literario dentro".

Desde Pericos, Paloma Zazueta ha demostrado que la literatura puede surgir de los lugares más inesperados. Su obra es una invitación a mirar la memoria, la comunidad y los afectos como territorios narrativos inagotables, capaces de transformar una experiencia personal en una historia compartida.

Entre sabiduría y duda

GODU

Amanece con fuerza y en cada duda encuentro una respuesta, pero me invaden miles de demonios que me impiden dar un paso hacia adelante por miedo.

Después de mucho tiempo en silencio, hoy volví a gritar con mi pluma, y es que el desespero por estar en un lugar en donde la paz es lo último que reina, me deja una intriga incómoda y un desaliento que quiero matar cantando.

Estoy entre si me lanzo al mar en un acto de libertad o me quedo en resistencia dentro de un barco que se encuentra en medio de una gran tormenta.
Me cuesta mucho tomar decisiones, entonces, mientras tomo alguna, buscaré la mejor manera de hacer brillar el tiempo que se va junto a las nubes.

Conforme pase la vida, cada decisión que tenga que tomar, poco a poco, me irá enseñando el camino correcto, en donde el principal objetivo es romper los miedos a encontrar corrientes fuertes y olas agresivas dentro del mar.

Por fortuna sé nadar, me gustan las olas y amo las islas.

El mural perdido de Diego Rivera:Mocorito, la pesadilla de guerra y el sueño de paz

ÁNGEL JULIÁN VERDUGO GALINDO

La Casa de la Cultura de Mocorito, mi pueblo natal, lleva el nombre de Dr. Enrique González Martínez, poeta y médico jalisciense que encontró en esta población sinaloense un lugar propicio para desarrollar una de las etapas más fecundas de su formación literaria. Desde aquel rincón provinciano, lejos de los principales centros culturales del país, González Martínez publicó tres de sus primeros cuatro libros de poesía y dirigió Arte (1907-1909), una revista que conectó la vida intelectual de Mocorito con los círculos literarios de México y de Hispanoamérica.

Figura. Casa de la Cultura "Dr. Enrique González" Martínez.



Nota. Fotografía tomada desde el exterior del recinto

Entre consultas médicas y trabajo editorial, González Martínez fue construyendo una voz propia. En Lirismos (1907), Silénter (1909) y Los senderos ocultos (1911) se advierte la evolución de un poeta que, sin renegar de las conquistas del Modernismo, buscaba una expresión más íntima y reflexiva. En el último de estos libros apareció el célebre soneto «Tuércele el cuello al cisne», asociado a la renovación de la poesía hispanoamericana: una invitación a superar la belleza ornamental para explorar las zonas más profundas de la conciencia.

Figura. Retrato del Dr. Enrique González Martínez.



Nota. Adaptado de Enrique González Martínez 1871 - 1952 Poeta Mexicano [Fotografía], por Wikimedia Commons(https://commons.wikimedia.org/wiki/File:ENRIQUE_GONZALEZ_MARTINEZ_1871_-1952_POETA_MEXICANO(13451188195).jpg).

Mocorito fue, por tanto, mucho más que un lugar de paso en la biografía de un escritor ilustre. Allí, a principios del siglo XX, se desarrolló una aventura literaria que vinculó la provincia sinaloense con una comunidad intelectual sin fronteras. Hacia fines del siglo, su imagen aparecería en el mural interior del recinto cultural, que traza un recorrido por la historia cultural de Mocorito desde antes de la Conquista hasta las postrimerías del siglo XX. Años antes, hacia mediados de siglo, González Martínez había aparecido en otro mural, hoy desaparecido, de Diego Rivera, Pesadilla de guerra, sueño de paz (1952) — obra que, en plena Guerra Fría, convertiría la defensa de la paz en motivo de una intensa controversia política.

El poeta y la causa de la paz

González Martínez no fue solamente un renovador de la poesía. También desarrolló una extensa trayectoria diplomática, con responsabilidades en Chile, Argentina, España y Portugal. Su prestigio intelectual se había consolidado durante varias décadas entre sus primeros años en Mocorito y el Congreso Continental Americano por la Paz de 1949 en la Ciudad de México, cuya comisión organizadora presidió el mismo año en que fue propuesto para el Premio Nobel de literatura.

El mundo atravesaba entonces uno de los momentos más tensos de la historia moderna. La sombra de la guerra aún se cernía sobre la humanidad. Las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki al término de la Segunda Guerra Mundial habían dejado una huella imborrable, y la creciente rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética alimentaba el temor a un nuevo conflicto de dimensiones globales. Con el estallido de la Guerra de Corea en 1950, la posibilidad de que una guerra regional se extendiera hasta convertirse en una nueva conflagración mundial dejó de parecer una amenaza remota.

Las campañas pacifistas congregaban a escritores, artistas y activistas convencidos de la necesidad de evitar una nueva catástrofe bélica. Sin embargo, la defensa de la paz no estaba al margen de las tensiones ideológicas de la época. Algunas organizaciones mantenían vínculos con iniciativas promovidas desde el ámbito soviético y asociaban el rechazo a las armas nucleares con posiciones antiimperialistas. Así, el compromiso humanitario y la confrontación política no eran necesariamente excluyentes, sino que podían confluir en una misma causa.

Enrique González Martínez participó en ese movimiento durante los últimos años de su vida. Murió en 1952, el mismo año en que Diego Rivera lo representara en su mural Pesadilla de guerra, sueño de paz, una de sus obras más controvertidas. Su inclusión en el mural adquiere especial significado a la luz de su trayectoria: además de su prestigio literario y diplomático, el poeta había puesto su nombre y su autoridad intelectual al servicio de la causa pacifista.

El mural: la paz como disputa política

En 1952, el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), dirigido por el compositor Carlos Chávez, encargó a Rivera una obra monumental para la exposición Veinte siglos de arte mexicano, prevista para viajar por París y otras ciudades europeas. El pintor realizó Pesadilla de guerra, sueño de paz, una composición controversial debido a su contenido político.

El mural, abordaba la defensa de la paz en un contexto marcado por la amenaza de una nueva guerra mundial y la carrera armamentista de las grandes potencias. Sin embargo, su interpretación distaba de ser imparcial: presentaba a los dirigentes comunistas como promotores de la paz que reclamaban las movilizaciones ciudadanas y atribuía a las potencias occidentales una mayor responsabilidad en el peligro de una nueva conflagración.

Figura.Diego Rivera y Frida Kahlo.



Nota. Adaptado de Diego Rivera, Frida Kahlo & Anson Goodyear [Fotografía], por autor desconocido, fecha desconocida, Wikimedia Commons (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Diego_Rivera,_Frida_Kahlo_%26_Anso n_Goodyear.jpg).

En una de las escenas, varias personas recogen firmas contra la guerra. Entre ellas aparecen Frida Kahlo, en silla de ruedas, y Enrique González Martínez, de pie con traje negro y cabello cano,acompañados por otros participantes de las movilizaciones pacifistas. La escena convierte la defensa de la paz en una acción ciudadana: firmar, manifestarse y comprometerse frente al peligro de una nueva conflagración mundial.

En otra parte de la composición, Mao Zedong y Stalin ofrecen una propuesta de paz a figuras alegóricas de las potencias occidentales: el Tío Sam, representando a los Estados Unidos; John Bull, a Gran Bretaña; y Marianne, a Francia. Mao aparece asociado a la paloma de la paz. La imagen invierte la interpretación predominante en Occidente: los dirigentes comunistas se presentan como promotores del acuerdo, mientras las potencias occidentales aparecen caracterizadas de manera caricaturesca y hostil.

La pintura incluye, además, escenas de violencia bélica, ejecuciones y el sufrimiento de la población coreana. El contraste entre la destrucción y la propuesta de paz refuerza la urgencia del mensaje; sin embargo, también revela su contradicción. Rivera denunciaba los horrores de la guerra al tiempo que idealizaba políticamente a los dirigentes comunistas y atribuía a sus adversarios occidentales el papel de agresores.

Así, la controversia no radicaba solo en la presencia de Stalin y Mao, sino en la inversión de los papeles morales que proponía Rivera. En un México que mantenía relaciones diplomáticas con Estados Unidos y participaba en el sistema internacional occidental, aquella representación resultaba particularmente polémica.

Rivera tenía una larga trayectoria de militancia comunista, aunque sus relaciones con el Partido Comunista Mexicano (PCM) habían atravesado rupturas y desacuerdos. Su pintura debe entenderse dentro de esa evolución política, sin reducir por ello toda su obra artística a la propaganda. En este caso, decidió intervenir en el debate internacional tomando partido, y lo hizo sin disimular sus convicciones.

La censura y la desaparición

La obra quedó finalmente excluida de la exposición. La documentación histórica conservada por el International Center for the Arts of the Americas (ICAA), del Museum of Fine Arts de Houston, recoge testimonios sobre las negociaciones entre Rivera y Carlos Chávez.

Según esos documentos, el director del INBA recibió instrucciones de la Secretaría de Educación Pública para impedir se exhibiera el mural, por lo que se vio ante la disyuntiva de retirarlo del Palacio de Bellas Artes o cerrar el museo.

La controversia planteaba dos cuestiones distintas: el carácter partidista del mensaje y el derecho del artista a expresar sus convicciones en una obra encargada por una institución pública. Algunos sectores de la prensa condenaron la orientación comunista del mural; otros cuestionaron la decisión de impedir que se exhibiera. El episodio puso de manifiesto la tensión entre el poder institucional y la libertad de expresión artística.

Finalmente, Chávez y Rivera llegaron a un acuerdo que puso fin al contrato previo con el INBA, y el pintor recuperó la obra; pero su destino posterior sigue siendo incierto. Diversas fuentes señalan que Rivera envió el mural a China y que llegó a exhibirse en Pekín, y otras que permaneció por años en un museo en Rusia. Actualmente, su paradero se desconoce. El original desapareció y hoy conocemos su composición mediante fotografías, documentos y estudios preparatorios.

La historia de la obra encierra una paradoja: fue concebida para denunciar los horrores de la guerra, y terminó desapareciendo en medio de otros conflictos—las disputas de carácter político que rodearon su exhibición y su destino.

El poeta dentro de la pintura

En medio de esos conflictos, la presencia de González Martínez adquiere un significado particular. Rivera no lo representó como una celebridad literaria distante, sino como un ciudadano que participaba en una movilización colectiva. El poeta que había cuestionado los límites del Modernismo aparecía ahora comprometido con una causa humanitaria internacional.

No debemos suponer que González Martínez compartía todas las posiciones ideológicas del muralista. La pintura expresa la interpretación de Rivera, no necesariamente la totalidad de las convicciones de cada persona retratada. Pero la participación de González Martínez en el Congreso Continental Americano por la Paz de 1949 permite entender por qué su figura encajaba en aquella escena. Su presencia enlaza la creación intelectual con la responsabilidad pública. Entre la renovación poética y el pacifismo no existe una equivalencia automática, pero sí una continuidad posible: la voluntad de mirar más allá de las apariencias y de no permanecer indiferente ante los problemas de la existencia humana.

En ese sentido, el mural también documenta una época en que escritores y artistas intervenían activamente en los debates políticos y morales. La cultura no se limitaba a producir obras destinadas a la contemplación; podía convertirse en un espacio de movilización, discrepancia y confrontación.

De Rivera a Sinaloa: un regreso

Cinco años después del incidente, el 24 de noviembre de 1957, Diego Rivera moría en su casa-estudio de San Ángel, en la Ciudad de México, a consecuencia del cáncer de próstata que le trató el Dr. Ignacio Millán Maldonado, eminente oncólogo sinaloense oriundo de San Ignacio, quien mantuvo una estrecha amistad con el muralista. Millán Maldonado había alcanzado reconocimiento nacional por su labor pionera en la lucha contra el cáncer y por su c o n t r i b u c i ó n a l a formación médica en México; en particular, como fundador de la Escuela de Medicina del Instituto Politécnico Nacional (IPN), donde estudiaría el médico mocoritense que acompañó a Rivera en su lecho de muerte: el Dr. José Ley Domínguez, figura entrañable de la vida cultural de nuestro pueblo.

Figura. Retrato del Dr. Ignacio Millán Maldonado.



Nota. Tomado de Biblat UNAM (https://biblat.unam.mx/hevila/ActamedicaEscuelaSuperiordeMedicinaIPN/1981/vol17/no65-66/10.pdf).

Figura. Retrato del Dr. José Ley Domínguez.



Nota. Tomado de H. Ayuntamiento de Mocorito (https://www.mocorito.gob.mx/ ex-presidentes).

Así, el recorrido que comenzó en Mocorito vuelve a Sinaloa. Enrique González Martínez, Diego Rivera, Ignacio Millán Maldonado y José Ley Domínguez pertenecieron a ámbitos distintos —la poesía, la pintura, la medicina y la vida cultural—, pero sus trayectorias se cruzaron en una época en que la cultura mexicana desbordaba las fronteras de las disciplinas y las regiones. Pesadilla de guerra, sueño de paz fue una obra políticamente comprometida, marcada por las contradicciones de su tiempo. Su mensaje no exige una aceptación sin reservas para reconocer su importancia histórica. Nos permite ver cómo un artista convirtió la defensa de la paz en una intervención ideológica y cómo las instituciones reaccionaron ante una obra que cuestionaba la interpretación oficial de la política internacional.

Para Mocorito, la presencia de González Martínez en aquel mural tiene un significado que trasciende la memoria literaria local. El poeta que encontró en esta población sinaloense un espacio para desarrollar su vocación terminó formando parte de una obra concebida en uno de los momentos más tensos y peligrosos de la historia contemporánea, cuando la posibilidad de una nueva guerra mundial, incluso nuclear, pesaba sobre el destino de la humanidad. A través de su figura, la historia de una pequeña comunidad sinaloense se enlaza con aquel escenario de alcance universal y con las contradicciones de una época en que la defensa de la paz, aun siendo una aspiración compartida, podía quedar subordinada a las disputas ideológicas y al poder político.

Las memorias tienen olor y sonido

HELLEN SARAHI CABANILLAS LEYVA

¿A qué huele la infancia?

Supongo que depende de la infancia que cada quien haya vivido. La mía huele a pueblo.



A pan recién salido del horno de piedra, ese que mi abuela compraba al amanecer, aún caliente, envuelto en servilletas bordadas. Huele a tierra mojada, cuando las primeras gotas de lluvia caían sobre el suelo reseco y el aroma subía como un suspiro antiguo. Huele a zacate recién cortado, a leche tibia, a leña encendida en cocinas donde siempre había algo hirviendo.

Recuerdo caminar descalza por el patio, con los pies llenos de tierra y el aire cargado de vida. Había una mezcla de olores que hoy serían imposibles de explicar con precisión, pero que mi cuerpo reconoce como hogar.

Cada uno de esos aromas me devuelve a un momento, a una escena, a una emoción. A veces me basta abrir un frasco de canela o pasar por una panadería para volver, por un instante, a ser esa niña que no sabía nada del dolor ni de las ausencias. Me invade una nostalgia tibia, como un abrazo desde el pasado. Como si la infancia estuviera escondida entre los sentidos, esperando un olor conocido para despertar.

Aún recuerdo cuando mis amigos de la primaria me preguntaban qué haría el fin de semana. Yo siempre respondía: —Voy a ir a Pericos.

Mis amigos me miraban confundidos: —¿Pericos? ¿Qué es eso?

Y ahí comprendía que no conocían más allá de Culiacán. Solo podía decirles que era el pueblo de donde es mi familia. Ellos seguían hablando de sus planes y yo pensaba: —¿Por qué nadie conoce Pericos? ¿Será que no saben de su existencia o simplemente no saben dónde queda?



Pero para mí, Pericos es todo. Es el pueblo que me vio crecer. El mismo que vio crecer a mis padres, a mis abuelos, a mis tíos.

Vengo de una familia grande. Por parte de mi papá, mi abuela tuvo diez hijos: nueve tíos en total, siendo la mayor mi tía Paty y el menor, mi papá. Por el lado materno, mi abuela tuvo cinco hijos: mi tío Enrique, el mayor y mi mamá, la menor. Aunque no convivo mucho con mis tíos maternos, los quiero. Siempre los he querido.

Tengo recuerdos vagos de cuando era niña, pero para eso están las fotos y las historias que mi familia repite con cariño. Como aquella vez que, enojada por el ruido que no me dejaba escuchar las cartas de la lotería, grité:

—¡Cállense todos... pollo asado!

Desde entonces, esa frase quedó grabada como una burla amorosa en mi familia. Y es que en mi casa, hacer carrilla es una forma de querernos. Recuerdo los olores y sonidos de mi infancia con tanta claridad: el pan horneado, el piloncillo derritiéndose, la tierra mojada, el garbanzo recién cortado en diciembre, el aroma a flores el Día de Muertos, el murmullo de la gente platicando, la banda en las fiestas y velorios, los niños jugando en la calle, el sonido de los trazos, el ulular de las sirenas que anunciaban desfiles o carnavales.

Cómo olvidar el olor a leña quemándose cuando había fiesta. En casa amaban cocinar en el hornillo: barbacoa, tamales, capirotada, elotes tatemados, garbanzos. Regaban la tierra del patio para aplacar el polvo y poner las mesas con decoraciones. Aunque fueran fiestas familiares, siempre había más de cinco mesas llenas. El patio era amplio y se llenaba de vida.

Papá y mis tíos se encargaban de asar la carne, mientras mis tías preparaban las salsas, el guacamole, picaban pepino y rábanos. Algunas hacían quesadillas y los más pequeños, claro, éramos enviados a bañarnos. Éramos felices. Lo supe entonces y lo sé aún más ahora. Y pienso que tal vez por eso algunas despedidas duelen más, porque dejan la casa vacía no solo de personas, sino de olores.

Porque cuando mamá ya no volvió a casa, no solo se fue ella: también se fue el aroma de su perfume en las sábanas, el olor a café recién hecho en la mañana, el suavizante en la ropa colgada al sol. La casa se volvió distinta. Más fría. Más silenciosa. Más neutra.

Y cuando papá desapareció y después se fue definitivamente a Cabo, también se fue con él su olor: el de su loción, el de su sudor mezclado con el jabón de barra que usaba después de bañarse. Todo eso que, sin saberlo, me hacía sentir que alguien me cuidaba.



Cómo olvidar cuando desapareció ese olor. Ese olor peculiar que me recordaba a mi tío, que ya no está. El de su perfume, tan particular y la suavidad de su voz, que se esfumó sin previo aviso. A veces aún cierro los ojos y trato de recordar su risa, su saludo, pero todo eso parece desvanecerse como humo que se disuelve en el aire.

La memoria, caprichosa, me hace perder esos rastros y me deja con un vacío que solo el tiempo puede llenar. Hoy entiendo que los recuerdos se guardan en el cuerpo. Y que, aunque a veces la memoria falle, hay olores que nos devuelven la historia.

A mí todavía me basta el olor a tierra mojada para recordar quién fui.

Aún recuerdo el olor de las flores en el panteón. A ese lugar vamos cada 2 de noviembre a visitar a nuestros seres queridos. Ahí descansan mi abuelo, uno de sus hijos y uno de sus nietos. Quién diría que la vida se los llevaría tan rápido.

De mi primo recuerdo el olor a cigarro, el perfume, la cerveza que nunca faltaba. De mi tío, el perfume y el aroma de sus medicamentos, constantes en su lucha. Pero de mi abuelo no tengo más que lo que me han contado. Murió cuando mi papá aún era un niño. Nunca lo conocí. Nunca supe a qué olía. Solo vive en las palabras y los silencios de quienes lo amaron.

Como si el alma también respirara por la nariz.

Haz de tu vida un jazz

LEYVER PEINADO RODRÍGUEZ

Me aprendí de memoria los pasos y los caminos
Siempre línea recta para llegar al destino
Vi llegar a todos feliz a sus puertos
Yo aprendía a remar y me sentía tan lejos

Y qué curioso pasar media vida preguntando
Si voy bien con tantas ganas de llegar a algo
Que olvidé por completo preguntarme a mí
A qué quiero llegar y si aquí soy feliz

Ya no quiero ganarle al tiempo
Ni medirme en un reloj
si me topo con el fracaso
¿Quién puso el precio al perdedor?

Haz de tu vida un jazz
No todo tiene que estar escrito
A veces perder el compás
Te enseña otros caminos

Si no soy quien pensé que sería ayer
Si mañana me dan ganas de cambiar
Que no me encuentre la vida
Con miedo de improvisar
Si no soy quien pensé que sería ayer

Ya no quiero ganarle al tiempo
Ni medirme en un reloj
si me topo con el fracaso
¿Quién puso el precio al perdedor?

Haz de tu vida un jazz
No todo tiene que estar escrito
A veces perder el compás
Te enseña otros caminos

Si no soy quien pensé que sería ayer
Si mañana me dan ganas de cambiar Que no me encuentre la vida
Con miedo de improvisar

La lengua que nadie escuchaba

LUIS FERNANDO GARIBAY SILLAS

En una escuela primaria de un pequeño pueblo del norte de Sinaloa, cerca de donde el río se vuelve lento antes de acercarse al mar, había una niña que casi no hablaba. El pueblo era tranquilo. Las casas eran bajas, muchas con patios donde crecían árboles de mango o de guamúchil. Por las mañanas el sol llegaba temprano y por las tardes el viento levantaba polvo en las calles de tierra.

La escuela estaba en el centro del pueblo. Tenía tres edificios sencillos, pintados de blanco y azul, un patio grande donde los niños corrían durante el recreo y una cancha donde siempre se jugaba fútbol. Cada lunes los alumnos formaban filas para honrar la bandera, y después entraban a sus salones entre risas y conversaciones.

En ese lugar todos parecían entenderse sin problema. Todos hablaban español. Todos compartían los mismos libros, las mismas tareas y las mismas palabras. Por eso la niña llamaba la atención sin proponérselo.

Se sentaba siempre en la tercera fila, junto a la ventana. Desde ahí miraba el patio, observaba a sus compañeros, escuchaba a la maestra. Cuando levantaba la mano para participar, las palabras salían distintas. Su voz era suave, sus sonidos no coincidían con los que los demás conocían.

Los otros niños pensaban que era tímida. Algunos decían que no sabía hablar bien. Otros se reían cuando intentaba explicar algo. La maestra, al principio, también se confundía.

—Repítelo otra vez —le pedía con paciencia.

La niña lo intentaba, pero el resultado era el mismo. Entonces la maestra le pedía que escribiera la respuesta en su cuaderno. La niña miraba la hoja. Dudaba. Escribía unas pocas palabras y después se quedaba quieta.

Poco a poco, el silencio comenzó a rodearla. En el recreo, mientras los demás corrían detrás de una pelota o compartían comida, ella caminaba por el patio mirando el suelo. Escuchaba conversaciones que iban rápido, llenas de bromas y juegos de palabras. Ella entendía algunas cosas, pero no todas. Cuando intentaba participar, sus frases salían diferentes y los demás se quedaban mirándola sin comprender.

Un día, durante una actividad en clase, la maestra pidió a cada alumno que dijera su nombre completo y algo sobre su familia. Los niños fueron pasando uno por uno.

—Mi papá trabaja en el campo. —Mi mamá vende comida en el mercado. —Mi abuelo vive con nosotros.

Cuando llegó el turno de la niña, ella se levantó lentamente. Respiró profundo y habló. Sus palabras eran claras para ella, pero para el salón sonaron desconocidas. El silencio fue breve. Luego apareció una risa. Después otra. La niña se sentó de nuevo sin mirar a nadie.

Aquella tarde caminó de regreso a casa más despacio que de costumbre. Su abuela la esperaba en la puerta.

—¿Cómo te fue en la escuela?

La niña respondió en su lengua. Una lengua antigua, que había nacido en esa región mucho antes de que existieran las aulas, los pizarrones y los cuadernos. Una lengua que había acompañado a las familias del pueblo durante generaciones. Una lengua que hablaba del río, de la tierra, de las fiestas tradicionales y de las historias que se contaban por las noches.

La niña hablaba yoreme. Su abuela la escuchó con atención. Entendía cada palabra. Durante años, en esa casa se había hablado así. Pero fuera de esas paredes, cada vez era menos común escucharla. Muchos adultos habían dejado de enseñarla a sus hijos por miedo a la burla o porque pensaban que el español era suficiente para la escuela y el trabajo. La niña estaba creciendo entre dos mundos.

Uno donde todos entendían su lengua. Y otro donde nadie parecía escucharla.



A la mañana siguiente, la maestra seguía pensando en lo ocurrido. Algo no le parecía correcto. La niña no parecía incapaz de comunicarse. Había algo más. Decidió visitar a su familia. La abuela le explicó con calma.

—Ella habla yoreme. Es nuestra lengua.

La maestra se quedó en silencio unos segundos. Entonces comprendió lo que había estado pasando. La niña no estaba callada. La niña hablaba. Solo que el salón no sabía escucharla.

Al día siguiente, la maestra entró al aula con una idea diferente. Escribió dos palabras en el pizarrón:

Lengua. Respeto.

Les explicó a los alumnos que en su propio estado existían pueblos con lenguas antiguas, que esas palabras también formaban parte de la historia de México. Les dijo que cada lengua guardaba conocimientos, tradiciones y formas de entender el mundo. Después miró a la niña.

—¿Quieres enseñarnos algunas palabras?

La niña dudó al principio. No estaba acostumbrada a que le pidieran eso. Pero la maestra sonreía. Así que habló. Dijo cómo se decía agua. Dijo cómo se decía casa. Dijo cómo se decía amigo.

Los alumnos escucharon con curiosidad. Algunos repitieron las palabras en voz baja. Otros preguntaron cómo se pronunciaban. En los días siguientes, el salón comenzó a cambiar. La maestra dedicó unos minutos cada semana a aprender nuevas palabras en lengua yoreme. Los alumnos preguntaban a la niña cómo se decían cosas simples: sol, árbol, camino, familia.

En el recreo ya no caminaba sola. Ahora algunos compañeros se acercaban para preguntarle cómo decir ciertas palabras.

—¿Cómo se dice “gracias”? —¿Cómo se dice “amigo”?

La niña respondía. Y por primera vez, sus palabras encontraban lugar. Poco a poco, el silencio que la rodeaba desapareció. La lengua que parecía olvidada empezó a escucharse entre los pupitres, en el patio, en las conversaciones del salón. No porque fuera nueva. Sino porque alguien decidió escucharla.

Nota de edición: Este cuento fue publicado originalmente en la revista Yoris y Yoremes de la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Sinaloa.



PENDIENTE

Hogares Ilícitos:

Mujeres mocoritenses y niños sin derechos durante la Campaña "Antichina"

J. JESSY MARTÍNEZ SAUCEDA

Un episodio negro y desagradable en la historia de México fue, sin duda alguna, los actos racistas del gobierno contra la población china, en la que también las mujeres mexicanas esposas de chinos y sus hijos fueron privados de derechos como mexicanos, discriminados, violentados y, en muchos casos, expulsados del país al perder la nacionalidad mexicana como castigo por contraer "matrimonios prohibidos".

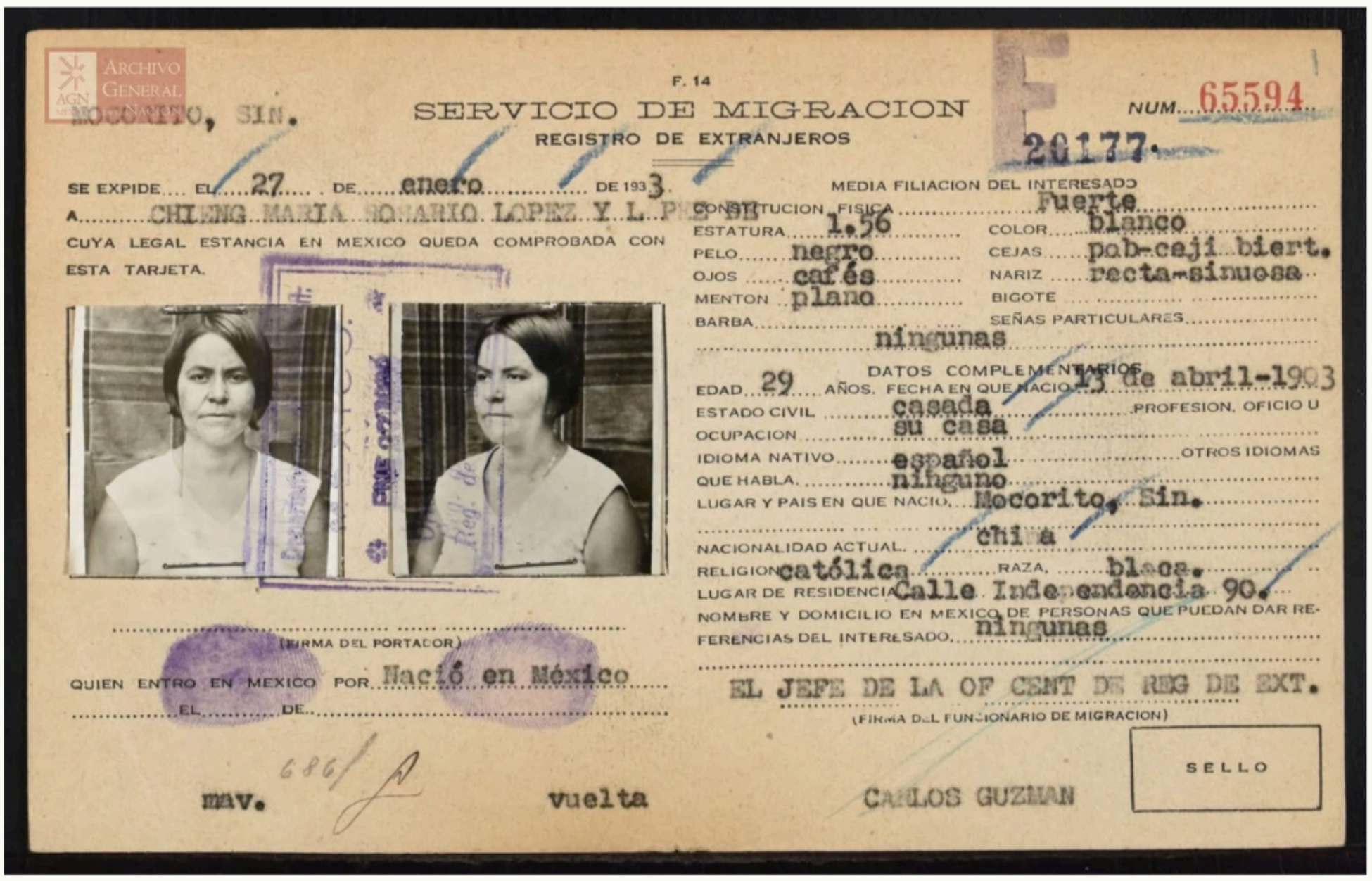
En la región del Évora actualmente tenemos muchas familias que descienden de aquellos matrimonios que fueron oprimidos y hostigados durante la primera mitad del siglo XX. La mayoría lograron prosperar; hoy se convirtieron en símbolo y ejemplo de resiliencia.

Antes de entrar en detalles, vamos a entender el contexto de la época y el éxodo de los cantoneses a tierras mexicanas, el cual comenzó desde el Porfiriato, cuando Estados Unidos promulgó la Ley de Exclusión China en 1882, lo que frenó la entrada de asiáticos a ese país y ocasionó que muchos emigraran a México, en donde primero estuvieron de manera ilegal, pero en 1898 fueron favorecidos con el acuerdo migratorio de Porfirio Díaz celebrado con el Imperio Chino de la Dinastía Manchú/Qing, con el cual se buscaba que la plata mexicana fuera aceptada en Asia y también obtener mano de obra para proyectos de infraestructura masivos, como la construcción de vías férreas, minería y plantaciones agrícolas en regiones despobladas, como el norte de México.

En ese sentido, todo iba muy bien para los chinos, hasta que en la época revolucionaria cayó el régimen de Porfirio Díaz y, alrededor de 1915, se implementaron movimientos nacionalistas muy radicales por parte de algunos revolucionarios, creando "ligas nacionalistas" que buscaban empoderar a los trabajadores mexicanos y, con ello, desplazar a los chinos, a quienes llegaron a considerar una "competencia desleal" y una amenaza racial y sanitaria para justificar las acciones racistas y motivos meramente económicos.

Sinaloa y Sonora fueron de los estados que más se pronunciaron en favor de las "Campañas Antichina"; inclusive, los sonorenses fueron precursores legislativos, ya que en su Congreso local se aprobó la famosa Ley Sonora del art. 31 en 1923, la cual prohibía explícitamente el matrimonio y la vida marital entre hombres chinos y mujeres mexicanas. Se castigaba con multas que iban hasta los 1,000.00 pesos, cantidades fuertes para la época. Así como también aprobaron un artículo que los obligaba a vivir segregados en un lugar en específico.

Con el empoderamiento de los sonorenses en la presidencia de la república, Álvaro Obregón y Plutarco E. Calles, dicha ley se extendió de facto en el noroeste de México y, aunque los congresos locales de los demás estados no crearon leyes similares, sí acataron e implementaron decretos presidenciales en ese sentido, que prohibían matrimonios, entrar a restaurantes o ciertos lugares públicos; las empresas estaban limitadas a contratar cierta cantidad de chinos, no podían desempeñar o tener ciertos negocios y hasta fueron aprisionados y deportados solo por ser de origen chino, sin importar si habían sido naturalizados como mexicanos durante la época de Porfirio Díaz.



Pérdida de la nacionalidad de mujeres y niños mexicanos

En 1920 y 1930 la situación de racismo llegó al grado de afectar a mujeres mexicanas y sus hijos, ya que el gobierno descubrió un vacío legal en la Ley de Extranjería y Naturalización de 1886, la cual estipulaba que la mujer adoptaba automáticamente la nacionalidad de su marido, y con ello aprovecharon para despojar a las mujeres mexicanas y sus hijos de sus derechos y así facilitar su expulsión del país junto con sus esposos chinos. Ya que, al ser todos de nacionalidad china, ya no tenían derechos como mexicanos y adquirían todas las desventajas y prohibiciones, en un momento álgido y violento contra la nacionalidad china.

Lo increíble y misógino de esas acciones racistas es que solo aplicaban para mujeres mexicanas, ya que los hombres mexicanos sí tenían permitido tener relaciones maritales o concubinato con mujeres chinas y conservar la nacionalidad como mexicanos.

Dentro de las ridículas justificaciones y discursos nacionalistas del gobierno fue que a la mujer se le consideraba como responsabilidad la maternidad y la labor de darle hijos “adecuados” a la nación. Y lo que empezó como acciones para proteger la mano de obra de trabajadores mexicanos terminó considerando que las familias chinas "dañaban a la nación" y corrompían la pureza racial. Utilizando la pérdida de nacionalidad como una herramienta de control social y exclusión racial que afectó a cientos de mujeres y niños nacidos en México, sobre todo en Sinaloa. Para darnos una idea, el investigador Nicolás Cárdenas García escribió al respecto que, en el caso de Sinaloa, fue el segundo porcentaje más grande con el 25.9 % (una cuarta parte) de los inmigrantes chinos que habían logrado casarse y establecer una familia con mujeres sinaloenses. Un dato que obtuvo en los censos de población al notar que aumentaba el número de mujeres chinas en Sinaloa, comparado con el bajo número de mujeres chinas que ingresaron al país.

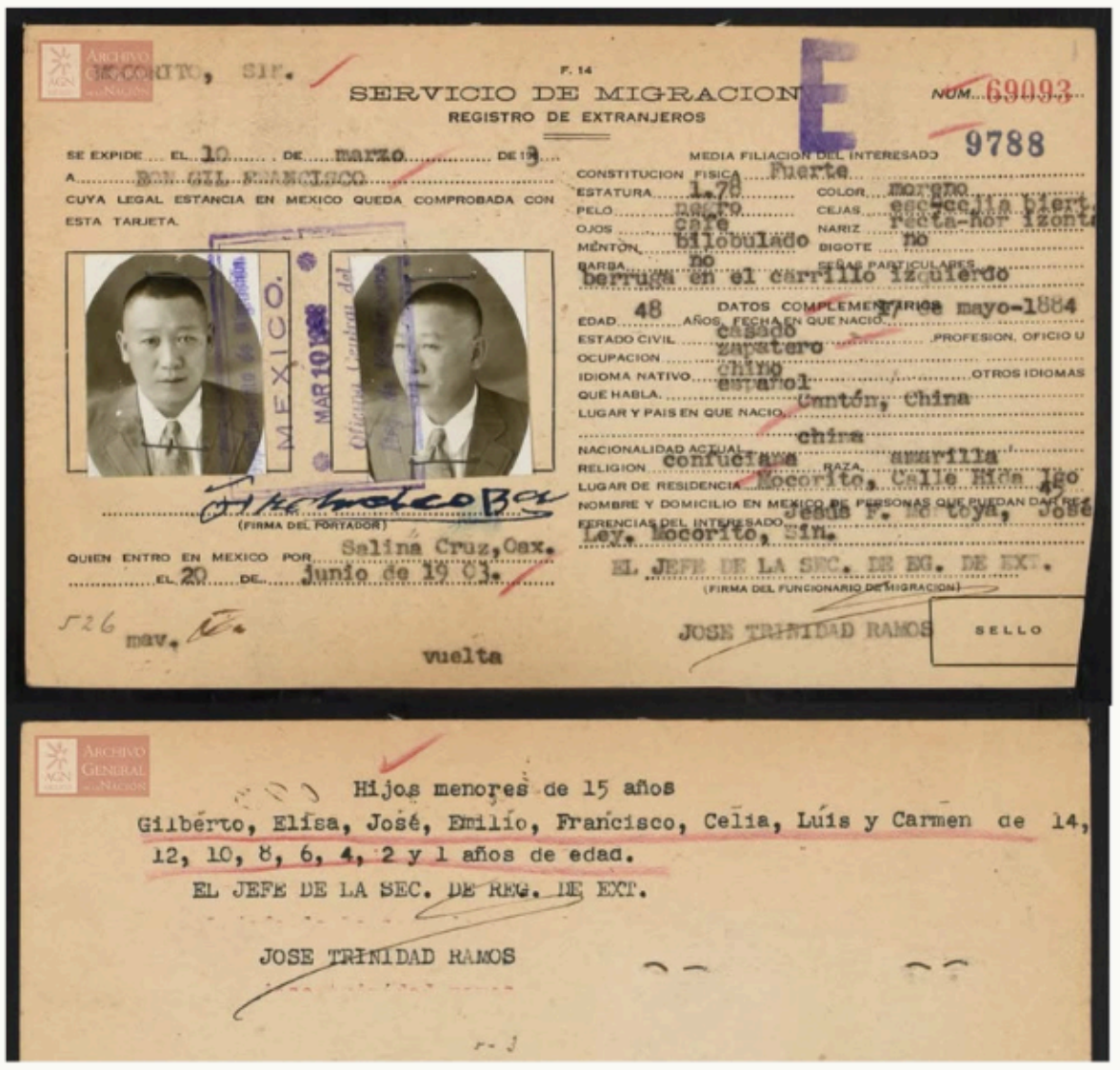
Recuperación de la nacionalidad

En las imágenes publicadas podrán notar que los documentos de migración tienen fecha de los años 30. Y hay una buena razón para eso, ya que la situación de desprotección e injusticia legal hacia las mujeres mexicanas y sus familias comenzó a cambiar formalmente con la promulgación de la nueva Ley de Nacionalidad en 1934. Esta reforma instituyó por primera vez la igualdad jurídica y estableció que las mexicanas ya no perderían su nacionalidad por el simple hecho de casarse con un extranjero.

Eso fue gracias al presidente Lázaro Cárdenas y su voluntad por el reencuentro familiar y la diplomacia con China. Durante su gobierno permitió la repatriación de cientos de mujeres y niños mexicanos de ascendencia china que habían sufrido expulsiones previas, aunque impidió el regreso de los varones chinos. De igual manera, eso permitió que salieran de sus escondites muchas familias ocultas en las zonas serranas y que muchos fueran naturalizados o recuperaran su antigua naturalización no respetada.

Sin embargo, no fue un proceso fácil, ya que, a pesar de que en 1934 Cárdenas liberó a la población china, el racismo continuó una década más en algunos estados como Sonora, Sinaloa y Baja California, en donde gobiernos locales todavía en esas fechas registraron la destitución de jueces o funcionarios cuando concedían el beneficio legal a las familias chinas.

Cabe mencionar que, aunque la mayoría de los gobernantes en Sinaloa estuvieron a favor de las “Campañas Antichinas”, hubo pocos que estuvieron en contra, como el gobernador Macario Gaxiola, que tuvo acciones opositoras a los planes “antichinos”, pero no pudo evitar del todo la violencia contra ellos. Y otros neutros, como Ángel Flores, quien no aplicaba acciones contra chinos, pero tampoco eliminaba acciones legales en Sinaloa.



Sin embargo, en los municipios se cometían barbaridades, y Mocorito no queda exento de eso. Nicolás Cárdenas García también señala que en Guamúchil, en ese tiempo sindicatura de Mocorito, el líder antichinista Federico González se presentó en el local de L. Chan y Cía., desenfundó su pistola e hirió al señor Alejandro Chan; luego se fue a casa de Chon Ley, donde disparó, resultando herido Concepción Ley. Todavía pasó a un tercer comercio de Ten Sen, disparó contra Hermenegildo Cinco, quien quedó muerto instantáneamente. Luego huyó sin problema, mientras Miguel Gaxiola, quien había sido síndico, amagó con su pistola a otros chinos, pero no disparó, ya que había mucho público. Más tarde, una patrulla de antichinistas, montados y armados, recorría las calles lanzando amagos, todo esto con anuencia de las autoridades locales. El gobernador, al enterarse, ordenó la detención de Miguel Gaxiola, pero González seguía libre a pesar de la persecución.

También en Mocorito señala que los antichinos contaron con la simpatía del hombre fuerte del lugar, el mayor retirado Ricardo Riveros, quien fue presidente municipal varias veces.
Ese tipo de barbaridades fueron frecuentes en muchos municipios y, en algunos, peor, como en Ahome y Guasave.

Entre los registros migratorios consultados aparecen los siguientes personajes:
Francisco Bon Gil, nacido el 17 de mayo de 1884 en Cantón, China; nacionalidad: China; casado; de oficio zapatero; quien ingresó a México por Salinas Cruz, Oaxaca, el 20 de junio de 1903; religión: confuciana; con domicilio en la Calle Hidalgo No. 45 de Mocorito, dejando como referencia a José Ley y Jesús F. Montoya.

En el trámite migratorio agrega a sus hijos menores de 15 años: Gilberto, de 14; Elisa, de 12; José, de 10; Emilio, de 8; Francisco, de 6; Celia, de 4; Luis, de 2; y Carmen, de 1.

Edwiges Cuadras Romero de Cinco, nacida el 7 de octubre de 1894 en Bacubirito, Sinaloa; ama de casa; nacionalidad China; casada; religión: católica; con domicilio en la Calle Hidalgo No. 34 de Mocorito, sin dejar ningún dato como referencia, ni hijos mencionados en su trámite migratorio.

Guadalupe Domínguez Borne de Ley, nacida el 12 de octubre de 1896 en Angostura, Sinaloa; ama de casa; nacionalidad China; casada; religión: católica; con domicilio en la Calle I. Madero de Mocorito, dejando como referencia a Jesús Burgos, Guillermo Inzunza y Serapio López, sin hijos mencionados en su trámite migratorio.

José Chon Ley, nacido el 18 de agosto de 1887 en Cantón, China; nacionalidad: China; casado; sin oficio; quien ingresó a México por Salinas Cruz, Oaxaca, el 10 de septiembre de 1905; sin religión; con domicilio en Mocorito, dejando como referencia a José Sánchez de Mocorito. En el trámite migratorio no agrega hijos.

Tomasa Vega Montoya de Legi, nacida el 7 de marzo de 1905 en Mocorito, Sinaloa; ama de casa; nacionalidad China; casada; religión: católica; con domicilio en la esquina de la Calle Hidalgo y Libertad, dejando como referencia a Crecencio Corona y José de la Vega de Guamúchil; hijos mencionados en su trámite migratorio: Ramona, José, Ma. del Socorro, Manuel y Jesús; todos menores de 15 años.

Juan Legi, nacido en 1894 en Cantón, China; nacionalidad: China; casado; comerciante; quien ingresó a México por Guaymas, Sonora, el 10 de enero de 1912; católico; con domicilio en Mocorito en 1935 y notificó cambio a La Llama, Angostura, en 1937, dejando como referencia a Andrés Choza. En el trámite migratorio no agrega hijos.

María Rosario López y López de Chieng, nacida el 13 de abril de 1903 en Mocorito, Sinaloa; ama de casa; nacionalidad China; casada; religión: católica; con domicilio en la calle Independencia No. 90; no dejó datos como referencia.

Hijos mencionados en su trámite migratorio: Luis, de 13; José Rosario, de 12; Ma. del Carmen, de 10; José Gpe., de 8; Rodolfo, Vicente y Ma. Esperanza; todos de 6 años.

Luis Chieng Cinco, nacido el 15 de diciembre de 1878 en Cantón, China; nacionalidad: China; casado; agricultor; quien ingresó a México por Nogales, Sonora, el 5 de junio de 1932; religión: confuciana; con domicilio en la calle Independencia No. 90 de Mocorito, dejando como referencia a Manuel Díaz y Alonso Casal.

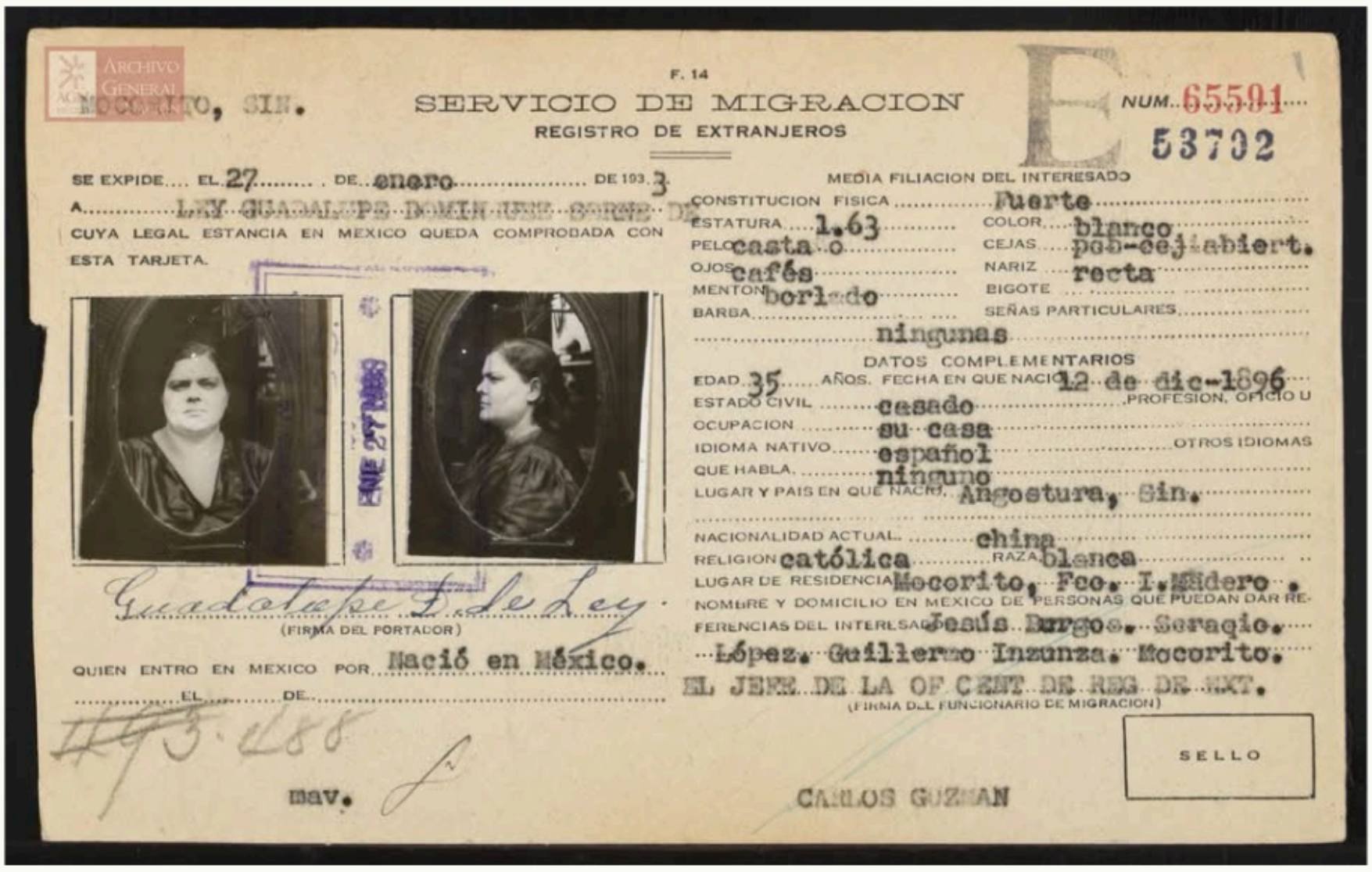
Hijos mencionados en su trámite migratorio: Luis, de 13; José Rosario, de 12; Ma. del Carmen, de 10; José Gpe., de 8; Rodolfo, Vicente y Ma. Esperanza; todos de 6 años.

Eufracia López Higuera de Redes, nacida el 14 de marzo de 1899 en Cahuinahuato, Mocorito; ama de casa; nacionalidad China; casada; religión: católica; con domicilio en la calle 5.ª y Ocampo No. 51 de La Paz, Baja California; sin dejar datos como referencia, ni hijos mencionados en su trámite migratorio.

Pío Lau Chau, nacido el 11 de julio de 1878 en Cantón, China; nacionalidad: China; soltero; comerciante; quien ingresó a México por Mazatlán el 10 de mayo de 1894; católico; con domicilio en Caimanero, Mocorito, dejando como referencia a José Ley y Andrés Lau de Mocorito. En el trámite migratorio no agrega hijos.

Juan Jorge Chuson, nacido el 15 de diciembre de 1877 en Cantón, China; nacionalidad: China; soltero; sin ocupación; quien ingresó a México por Mazatlán en diciembre de 1897; católico; con domicilio en la calle Morelos No. 55 de Mocorito, dejando como referencia a José Ley y Carlos Cota de Mocorito.

Hijos mencionados en su trámite migratorio: Manuel, de 14; Guadalupe, de 13; y María, de 11.



José Choi Lim, nacido el 10 de agosto de 1892 en Cantón, China; nacionalidad: China; casado; zapatero; de religión confuciana; quien ingresó a México por Mazatlán el 24 de agosto de 1910; con domicilio en Cerro Agudo, Mocorito, dejando como referencia a Ignacio V. y Francisco Cota de Mocorito.

Hijos mencionados en su trámite migratorio: Josefina, de 12; Antonia, de 10; María Luisa, de 8; Jesús, de 7; José, de 3; y Amalia, de 2.

Ángel Juan On, nacido el 27 de enero de 1884 en Nam Hoi, Cantón, China; nacionalidad: China; viudo; agricultor; quien ingresó a México por Mazatlán el 15 de diciembre de 1908; católico; con domicilio en Cerro Agudo y notificando cambio a la Pionía San Benito en 1937, dejando como referencia a José Ley y Francisco Bon de Mocorito. En el trámite migratorio no agrega hijos.

Pedro Ley Chon, nacido el 18 de febrero de 1884 en Cantón, China; nacionalidad: China; casado; comerciante; hablaba español, inglés y chino; ingresó a México por Mazatlán el 22 de agosto de 1911; católico; con domicilio en D. Guerra s/n, Mocorito, dejando como referencia a Medardo Lugo y Castro. En el trámite migratorio no agrega hijos.

Martes D' Free: seis años rimando

Figura. Saludo de respeto entre freestylers.



Lo que comenzó como una forma de escapar del encierro durante la pandemia terminó convirtiéndose en una comunidad que, seis años después, continúa ofreciendo un espacio de expresión, encuentro y formación para decenas de jóvenes.

Los impulsores de Martes D' Free Daniel Oswaldo Morales López y Hugo Alberto Rodríguez Rodríguez nos contaron cómo, en una ciudad donde las opciones culturales para la juventud suelen ser limitadas, un micrófono, una bocina y un grupo de jóvenes reunidos en el Skate Park bastaron para construir uno de los movimientos culturales más constantes de Guamúchil, Sinaloa.

Martes D' Free nació el 16 de junio de 2020. Mientras gran parte de la vida pública permanecía suspendida por las restricciones sanitarias, un grupo de jóvenes decidió apropiarse de la palabra como herramienta de convivencia. Aquellas primeras reuniones respondían a una necesidad inmediata: romper el aislamiento. Sin embargo, con el paso del tiempo, el proyecto encontró un propósito mucho más grande.

Más que organizar competencias de improvisación, Martes D' Free se convirtió en un refugio para quienes no encontraban cabida en losespacios tradicionales de recreación. El colectivo transformó el Skate Park en un punto de encuentro para jóvenes atraídos por la cultura hip-hop.

Según sus organizadores, el movimiento surgió para cubrir una necesidad que permanecía desatendida: ofrecer una plataforma de libre expresión para una generación que buscaba ser escuchada.

En cada encuentro semanal, los participantes convierten experiencias personales, inquietudes sociales y emociones cotidianas en versos improvisados. La palabra funciona como una forma de catarsis y, al mismo tiempo, como un ejercicio creativo capaz de transformar tensiones individuales y colectivas en arte.

La permanencia del proyecto resulta especialmente significativa en un contexto como el sinaloense. Mantener durante años un espacio gratuito y autogestivo ha implicado enfrentar dificultades económicas, vencer prejuicios y sostener el esfuerzo mediante la colaboración comunitaria. Para sus impulsores, la existencia misma de Martes D' Free representa una alternativa cultural frente a narrativas dominadas por la violencia.

Su apuesta es sencilla pero poderosa: cambiar las armas por las palabras.

En ese sentido, las batallas de freestyle distan mucho de la imagen superficial que suele construirse alrededor de ellas. Quien observa únicamente los intercambios verbales puede interpretarlas como ejercicios de confrontación. Sin embargo, detrás de cada enfrentamiento existe una compleja dinámica de pensamiento rápido, creatividad lingüística y dominio escénico.

Una batalla de freestyle funciona como una especie de ajedrez mental. Los participantes deben construir rimas en cuestión de segundos, responder argumentos, utilizar referencias culturales y mantener la coherencia bajo la presión del público. Aunque el formato se apoya en el enfrentamiento verbal, este ocurre dentro de reglas compartidas donde la competencia artística sustituye cualquier forma de violencia real.

"No es agresión; es oratoria bajo presión que sustituye la violencia por ingenio verbal", explican los entrevistados al referirse a una de las ideas equivocadas más frecuentes en torno al freestyle.

La improvisación también cumple una función educativa. El ejercicio constante de rimar fortalece el vocabulario, desarrolla la capacidad de argumentación y fomenta el pensamiento crítico. Quien improvisa aprende a observar su entorno, analizar discursos y defender ideas utilizando la palabra como principal herramienta.

Esta dimensión formativa suele quedar oculta tras los prejuicios que todavía rodean al movimiento. Con frecuencia, el hip-hop es asociado con delincuencia, vandalismo o consumo de drogas. Sus impulsores consideran que estas percepciones ignoran el verdadero alcance de la cultura urbana. Donde algunos observan ocio o rebeldía sin rumbo, ellos encuentran disciplina, organización comunitaria y una forma accesible de participación cultural.

La experiencia de Guamúchil resulta especialmente interesante porque dialoga con el estigma que pesa sobre Sinaloa dentro del imaginario nacional. Frente a representaciones dominadas por la violencia y el narcotráfico, el freestyle local propone otra narrativa posible. Sus rimas hablan del trabajo cotidiano, de las carencias, de los sueños y de las experiencias reales de la juventud.

"Sustituimos las armas por la mente; proponemos el micrófono como la única vía de competencia", señalan.

Quizá por ello el movimiento encontró terreno fértil en la ciudad. Guamúchil ofreció espacios públicos disponibles y una generación con una necesidad profunda de ser escuchada, aceptada e incluida.

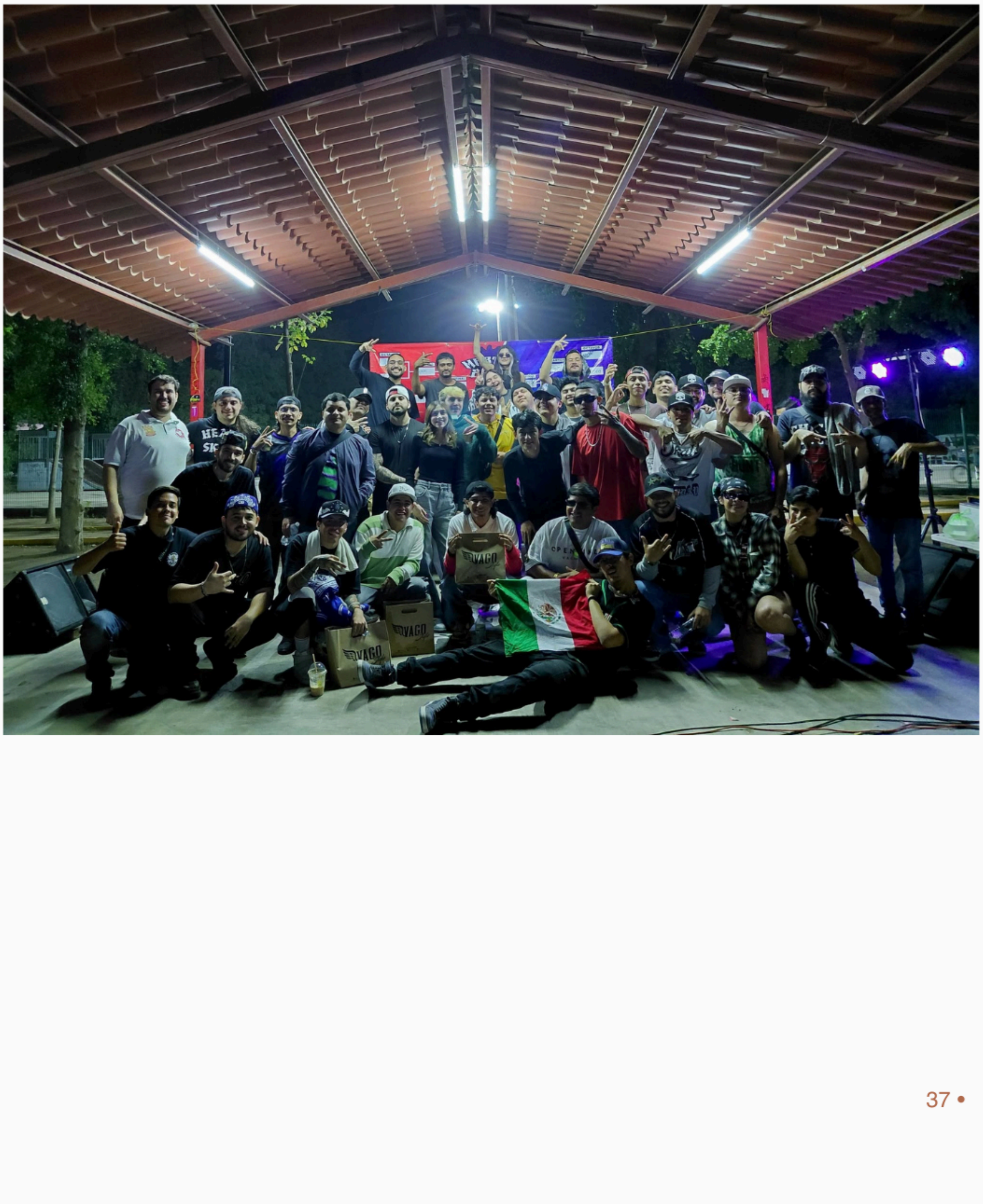
La consolidación del proyecto alcanzó uno de sus momentos más importantes en abril de 2025, cuando Guamúchil fue sede de las competencias nacionales Regional Summer Cup y BDM. Para los integrantes de Martes D' Free, aquel acontecimiento marcó el paso definitivo de las reuniones locales a un reconocimiento de alcance nacional. Por primera vez, el trabajo construido desde la autogestión reunió a competidores provenientes de distintos estados y permitió que los ganadores avanzaran a finales nacionales.

Más allá de trofeos o reconocimientos, los organizadores consideran que el mayor logro del proyecto ha sido otro: construir un espacio de paz. Un lugar donde los jóvenes encuentran comunidad, amistad, confianza y herramientas para enfrentar la vida.

El futuro, sin embargo, plantea nuevos desafíos. Para lograr una mayor trascendencia, consideran necesario que el freestyle deje de percibirse únicamente como un pasatiempo callejero y sea reconocido como una expresión cultural con potencial educativo y profesional. Entre las posibilidades que imaginan se encuentran alianzas con instituciones educativas, programas de formación en oratoria y el desarrollo de proyectos que permitan a los artistas vivir de su talento.

Después de años de reuniones semanales, Martes D' Free ha demostrado que una comunidad puede surgir alrededor de algo tan simple y tan poderoso como la palabra. En una época donde abundan los discursos que reducen a la juventud a estadísticas o estereotipos, el movimiento recuerda que escuchar sigue siendo un acto profundamente transformador. Y que, en ocasiones, una rima improvisada puede abrir caminos que ninguna otra forma de expresión consigue recorrer.

Figura. Integrantes del colectivo Martes D Free.



Arena bajo la alfombra.

IAN BÁEZ PALAZUELOS

Los desiertos son la prueba de que el universo también barre bajo la alfombra: lo que no puede conservar, lo entierra. Pero cuando una civilización entera desaparece bajo las dunas, ¿realmente pierde algo el mundo? ¿O simplemente se traga la evidencia de que alguna vez estuvimos aquí?

Primero yace el silencio. No es solo ausencia de sonido: el tiempo y la voz han dormido bajo el calor durante tantos siglos que ya no sienten la necesidad de ser escuchados. Cada grano de arena guarda la historia de algo que sostuvo una forma, un propósito, quizá incluso un nombre. Montañas molidas a polvo, ríos que ya no cargan agua, ciudades tragadas por la boca paciente del destino. El desierto no está vacío: está plagado de finales.



Cuentan que en esas arenas hubo un reino, y que ese reino tuvo un rey cuyo nombre se perdió con los vientos cálidos. El rey estaba convencido de que cada grano de arena guardaba la memoria de alguien que había vivido. Si lograba contarlos todos, sabría cuántas almas había dado a luz el universo.

Convocó a diecisiete mil matemáticos y los envió al desierto con una sola orden: contar. Los astrólogos habían calculado que la cifra final sería un número para el que ningún idioma tenía nombre, y que terminaba, sin que nadie supiera por qué, en un uno solitario.

Pasaron cuarenta años. Un día, el último matemático regresó al palacio con un único grano de arena entre los dedos, el cual estaba húmedo.

—No se puede contar —dijo—. Pero descubrí algo peor que la muerte: el universo puede perderlo todo sin darse cuenta de que algo se perdió.

El rey le pidió que explicara qué había dentro del grano.

—Los restos de una montaña —respondió el hombre—. Y esa montaña ya había sido algo más antes.

Entonces el rey entendió que su reino, por grande que fuera, solo era un eslabón de esa cadena: un punto indistinguible en un paisaje que jamás aprendería su nombre. Y entendió, quizá, de dónde venía el uno. Era el grano que el matemático sostenía.

Furioso, ordenó ejecutarlo al mediodía. Pero cuando llegó la hora, la plaza estaba vacía. El reino entero había abandonado su religión, que prometía que nada se pierde y que un dios guarda la memoria de cada alma. El sacerdote fue el primero en irse, porque había comprendido algo: la eternidad no es una biblioteca inmensa donde se conservan todas las historias contadas, sino un desierto donde, tarde o temprano, hasta la biblioteca se convierte en arena.

Esa es la historia que conozco, la que alguna vez escuché por ahí, y a día de hoy no dejo de pensar en el grano húmedo; la arena no se moja sola, y si hay agua en un grano, ¿qué mas habrá bajo el desierto?

Tal vez, y solo tal vez, la ausencia de algo no es prueba de que no exista. Una superficie estéril dice muy poco de lo que sobrevive bajo ella. Que uno de los paisajes que más asociamos con la muerte esconda uno de los elementos esenciales de la vida es, por lo menos, curioso.

Sucede lo mismo dentro del complejo sistema de cableado que es la mente. Todos tenemos desiertos: recuerdos que enterramos porque recordarlos sería volver a sentirlos, sueños abandonados hace tanto tiempo que confundimos sus tumbas con accidentes del paisaje. A veces nos definimos como "vacíos", aunque quizá solo desconocemos nuestras profundidades.

Pero hay algo más inquietante que eso. Imagina estar en medio de un desierto inmenso. Sin caminos, sin huellas, sin monumentos que aseguren que otro ser humano existió alguna vez. El horizonte se extiende en todas direcciones, indiferente a tu presencia. Entiendes lo pequeño que eres. No exactamente insignificante. Solo temporal.

La arena no recuerda tu nombre, ni lo hará. El viento no se interesa por tus arrepentimientos. La tierra seguirá girando mucho después de que todos los que te conocieron se hayan vuelto recuerdo, y mucho después de que esos recuerdos también hayan desaparecido.

El matemático tenía razón: el universo puede perderlo todo sin darse cuenta. Pero tal vez eso sea una revelación terrible y liberadora a la vez: el universo no nos debe memoria. Somos nosotros quienes tenemos que recordar. Somos quienes ponemos nombre a las cosas, escribimos poemas a los muertos, levantamos casas contra el viento y nos amamos sabiendo que todo lo que amamos es temporal.

El desierto no necesita significar nada. Somos nosotros quienes le damos un significado.

Y por eso seguimos buscando bajo la arena. No soportamos que algo tan vasto pueda existir sin un secreto esperándonos en el centro. Queremos que haya algo debajo: una verdad, un dios dormido bajo las dunas.

¿Será por eso que nunca miramos hacia donde no hay arena?

Porque existe otro desierto, y es blanco. Allá, en el fondo del mundo, casi nunca llueve, casi nunca nieva, y aun así lo llamamos hielo, como si el hielo no fuera también una forma de sed. Un continente entero de silencio congelado, quieto, casi tan quieto que el viento helado no hace ningún sonido al pasar por los huecos de las montañas.

Ahí el tiempo hace otra cosa, no hay casi nada enterrado bajo el hielo, este más bien, guarda. Cada nevada que cae se queda donde cayó, y la siguiente la cubre sin borrarla, capa sobre capa, durante cientos de miles de años. Dentro del hielo hay burbujas de aire de cuando nadie existía para respirarlo. Los científicos las perforan y las abren como cartas sin remitente o destinatario, o mensajes crípticos. Es el aliento de un mundo que no conocía lo que es ser recordado.

Y sin embargo, el hielo no recuerda por amor. No elige qué conservar. Guarda el aire igual que guardaría un grito: sin entenderlo.

Más abajo todavía, a casi cuatro kilómetros de la superficie, bajo todo ese peso de tiempo blanco, hay lagos. Agua líquida, tibia por el calor de la tierra, que lleva millones de años sin ver el sol ni oír el viento ni conocer un solo nombre. Nadie la puso ahí para que la encontráramos. Nadie la escondió. Está, simplemente, como están las cosas que no necesitan testigos.

Me gusta pensar que eso fue lo que el rey nunca supo: que el olvido no es la única manera que tiene el tiempo de tratar lo que cubre. La arena entierra; el hielo guarda. Pero ninguno de los dos lo hace por nosotros.

Supongo que el mayor secreto del desierto no es lo que esconde, sino lo que revela: que la arena borra las historias, pero no todo lo que hay debajo es historia. Que el vacío puede ser un disfraz de la abundancia. Que hay cosas que no necesitan ser recordadas para existir.

Quizá no buscamos descubrir qué hay bajo el desierto, sino si algo escondido bajo tanto vacío puede seguir valiendo la pena.

Y creo que sí.

Porque en algún lugar, bajo la arena, el agua sigue moviéndose en la oscuridad.

Y no sabe que alguien la busca.



Uno o dos versos para la memoria

Entrevista con Iván Pérez del Río.

Figura. Iván Pérez del Río con el premio obtenido por Gotas del diluvio.



A los once años, influido por la música de Joan Manuel Serrat, Joaquín Sabina y Enrique Bunbury, Iván Pérez del Río comenzó a escribir poemas. Aquellos primeros textos, recuerda, estaban llenos de melancolía y versos rimados. Años después, esa persistencia lo llevaría a obtener el XL Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos con Gotas del diluvio, un libro construido a lo largo de una década y marcado por la ironía, la memoria y el diálogo con la tradición poética.

Nacido en Culiacán en 1993, estudió Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara. Su obra ha aparecido en revistas como Himen, Luvina y Punto en Línea, además de haber formado parte del Curso de Creación Literaria para Jóvenes Xalapa de la Fundación para las Letras Mexicanas.

En esta conversación, el poeta habla sobre sus primeras lecturas, las influencias que han acompañado su escritura, la vigencia de la poesía en la actualidad y aquello que espera dejar en la memoria de sus lectores.

¿Cuál fue tu primer acercamiento a la literatura?

Mi madre me inculcó desde muy chico la lectura de cuentos infantiles. Posteriormente, encontré en la biblioteca de mi padre, ávido lector, una posibilidad de ampliar mi experiencia lectora. Para citar algunos libros fundacionales, mencionaría novelas de aventuras como las de Julio Verne, Veinte mil leguas de viaje submarino, por ejemplo, y los poemarios Residencia en la tierra de Pablo Neruda, Libertad bajo palabra de Octavio Paz, Poesía 1935-1968 de Efraín Huerta e Irás y no volverás de José Emilio Pacheco. A la par, la trova hispanoamericana y el rock tuvieron mucha influencia en mi apreciación del lenguaje poético.

¿En qué momento pasaste de leer literatura a escribirla?

Influido por las letras de cantautores como Joan Manuel Serrat, Joaquín Sabina y Enrique Bunbury, y por poetas de la tradición mexicana como Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón y los ya mencionados Paz, Huerta y Pacheco, escribí mis primeros poemas a los once años. Eran neorrománticos, con versos rimados pero sin métrica. De aquel aliento solo conservo la melancolía.

¿Qué significó para ti ganar el XL Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos?

Fue un logro muy buscado. Había participado ya en unos cuantos concursos de poesía, sin éxito, con un manuscrito que fue convirtiéndose poco a poco en el libro que ganó: Gotas del diluvio. Más allá de la obtención del premio, representó el término de una búsqueda de estilo. Encontré por fin una voz irónica y melancólica que me permitió transmitir muchas de las inquietudes que siempre tuve. Me enseñó que la perseverancia a veces rinde frutos.

Figura. Anuncio del XL Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos.



El origen de Gotas del diluvio

Aunque los textos del libro fueron escritos durante aproximadamente diez años, Pérez del Río identifica una influencia decisiva: la lectura temprana de Las flores del mal, de Charles Baudelaire. Lejos de buscar una imitación, el poeta explica que el impulso de dialogar con aquella obra le permitió otorgar unidad y sentido al conjunto de poemas que acabarían conformando su libro.

De todos los poemas del libro, ¿hay alguno al que le tengas un cariño especial?

Me basta con mencionar "Zaguán". Lo escribí en memoria de mi abuela materna, quien, zacatecana de toda la vida, no conoció el mar hasta la vejez. Murió conociendo el mar, lo cual es importante, y mi recuerdo es su figura, bastón en mano, contemplando las olas de Nuevo Altata. El poema es breve, tres versos apenas: "Mi abuela murió conociendo el mar / A veces la sueño / olas al fondo". Esta brevedad es su fortaleza: lo que se puede expresar en pocas palabras se ha comprendido bien.

¿Qué libro recomendarías a alguien que nunca ha leído poesía contemporánea?

Como docente de bachillerato, siempre recomiendo a José Emilio Pacheco. Pacheco tuvo el acierto de incorporar el lenguaje cotidiano a un lenguaje poético que ya dominaba. En sus poemas, el lector primerizo puede encontrar humor, melancolía, protesta, solemnidad, honestidad, asombro y resignación. Y, sobre todo, suele producir un efecto aún mayor: el deseo de escribir nuestros propios poemas.

¿Además de la literatura, qué otras artes alimentan tu escritura?

El cine, las series y la música aparecen constantemente en mis poemas. Woody Allen me marcó por su manera de cruzar el humor con la tristeza; Michel Gondry dejó huella a través de Eterno resplandor de una mente sin recuerdos. También hay referencias a series como Skins, Homeland y House. La música acompaña mis palabras como una playlist en modo aleatorio: jazz, pop, rock, blues o folk.

En una época dominada por las redes sociales, ¿por qué leer poesía?

Porque la poesía puede ser inmediata y social. El poema es uno de los textos literarios más leídos en Instagram, gracias quizá a su brevedad y a su estructura versificada. Las nuevas generaciones deben encontrar sus propios medios de lectura y escritura. El impulso lírico siempre existirá.

¿Cuál es la idea equivocada más común sobre la poesía?

Que es para iluminados. Se piensa en la poesía como un don que se tiene de nacimiento y que únicamente reconocen quienes lo poseen. Pero la poesía está en las canciones que escuchamos a diario, mucho más cerca de la persona común que de los supuestos eruditos. No es un don: es una de las tantas maneras de expresión, disponible para cualquiera que la encuentre necesaria.

¿Qué te gustaría que un lector encontrara al leer tus poemas?

Uno o dos versos que complazcan a la memoria. Un buen poema es aquel del que recuerdas por lo menos un verso. Pienso que no hay mayor propósito: que nos queden las palabras como recordatorio de aquello que alguna vez sentimos.

¿Cómo observas el panorama actual de la poesía joven en México?

Percibo un dominio claro del libro-proyecto como formato de expresión poética. Es una búsqueda válida, pero quizá lo único que lamento es que el poema, como unidad de sentido por sí mismo, quede subordinado al proyecto. El buen poema sobrevive al libro que lo contiene. ¿Cuántos "Alta traición" nos dejará esta década?

Más que perseguir grandes definiciones sobre la poesía, Iván Pérez del Río vuelve una y otra vez a la experiencia personal: los libros heredados de sus padres, la música que acompañó su juventud, la memoria de su abuela frente al mar y la búsqueda paciente de una voz propia. Quizá por eso su reflexión final resulta también una declaración de principios: un poema cumple su propósito cuando permanece en la memoria de quien lo lee.

Puente negro

LUIS ALEJANDRO SÁNCHEZ VEGA

Poema seleccionado por su mérito para la Antología delle Opere Premiate del Concorso Internazionale Invito alla Poesia XIX edizione.

Ayer el asombro me abandonó,
o eso creo: quizá lo oculté.
No pienso que haya huido,
tal vez reposa en un rincón de mí.

Juntos mirábamos nacer el poniente,
el ocaso disolverse sobre el puente negro, y en las
noches, por la calle Obregón,
la ciudad ardía, incendiada de luces.

Quizá el asombro tembló de miedo,
se refugió lejos de las balas,
migró hacia otra ciudad
y me dejó solo, entre ecos de disparos.

Imagino que una emoción
se cansa y muere,
como un cuerpo consumido,
o tal vez se disuelva antes, en polvo.

Al principio, si alguien apretaba el gatillo, era un disparo que me atravesaba el vientre. Ahora, cuando escucho el disparo,
no vuelve.

Creo que he comprendido:
si escucho la bala,
es porque no me rozó,
porque la muerte pasó a mi lado y me dejó vivo.

Ponte nero
(traduzione in italiano)

Ieri lo stupore mi ha abbandonato, o così
credo: forse l'ho nascosto. Non penso sia
fuggito,
forse riposa in un angolo di me.

Insieme guardavamo nascere l'occidente, il
tramonto dissolversi sul ponte nero,
e nelle notti, lungo via Obregón,
la città ardeva, incendiata di luci.

Forse lo stupore ha tremato di paura, si è
rifugiato lontano dai proiettili,
è migrato verso un'altra città
e mi ha lasciato solo, tra echi di spari.

Immagino che un'emozione
si stanchi e muoia,
come un corpo consumato,
o forse si dissolva prima, in polvere.

All'inizio, se qualcuno premeva il grilletto, era un
colpo che mi attraversava il ventre. Ora, quando sento
lo sparo,
non ritorna.

Credo di aver compreso:
se sento la pallottola,
è perché non mi ha sfiorato,
perché la morte è passata accanto e mi ha lasciato
vivo.

Lo remoto y lo interior

ERIK SÁNCHEZ GÓMEZ

Conforme nos alejamos del mal llamado mundo civilizado, de nuestra normal cotidianidad, y nos adentramos en territorio cada vez más remoto y despoblado, acompañados de cada vez menos personas, con menos contacto con interpretaciones ajenas sobre el mundo (disminuyendo la interacción y aumentando la contemplación), podemos ir sintiendo como la conciencia y el entorno comienzan a difuminar sus límites, a mostrar una relación sutil y secreta que se siente tan antigua que pareciera estar como al margen del tiempo.



Es como si un río interno que por naturaleza se viera impelido hacia afuera, se encontrara truncado de facto por las compuertas de las presas que son los límites externos, establecidos demasiado cercanos a nosotros, que desgraciadamente estamos acostumbrados a una invasión inaceptable a nuestra esfera íntima y volitiva.
Por lo anterior es que el adentramiento en lugares remotos, alejados, a veces distantes en kilómetros, otras veces distantes de la normalidad. (ya que tanto podemos encontrar lo conocido en continentes lejanos, así como lo desconocido en nuestra casa o en nuestras propias conductas), permite que el torrente interior se abra camino hacia el exterior, como un capullo que floreciera al saludar al sol, o como una fuente brotando desde un manantial oculto.

Aunque lo cierto es que mientras el flujo interno permanece truncado en su natural expansión hacia el exterior (por horarios, compromisos, relaciones, necesidades y coerciones), nos terminamos identificando con esa apretada y constreñida esencia en la que creemos ver un Yo propio, aceptándolo como tal en sus radicales limitaciones, en los reflejos que recibimos del espejo, de los ojos de los seres amados, en los rasgos nacionales, regionales y familiares, en la acostumbrada voz interna, en todo lo que inconscientemente suponemos intraspasable y propio.

Todo lo anterior es ineludiblemente evidente cuando, con el alma anhelante y la voluntad limpia, nos adentramos en lo remoto; en lo remoto cada segundo tiene diferente duración, ningún lugar va siendo igual a sí mismo al ir existiendo, y la familiaridad de la autoconsciencia comienza a salpicar al entorno.

Recuerdo, por ejemplo, aquel camino de siete horas desde esta ciudad hasta un valle estrecho y umbrío muy adentro de la sierra, a muy poca distancia de los límites estatales; recuerdo los grandes lapsos de tiempo en los que no nos topamos con persona alguna, ni con sus rastros materiales, más allá del angosto camino de tierra y piedras por el que avanzábamos lenta y dificultosamente; recuerdo que pasamos por un pequeño pueblo esplendorosamente rodeado de enormes y verdes cerros, y que había una altísima chimenea de ladrillo en el centro, y a su alrededor estaban las humildes casas, muy lejanas entre sí, cada una en su loma, sin ningún lugar plano en todo el pueblo y con la constante amenaza de volcadura; recuerdo que después de lo que parecieron eternidades recorriendo el desolado camino llegamos a una lujosa capilla dedicada a algún santo, o a algún difunto (que viene a ser lo mismo, porque todos los difuntos son santificados por la añoranza y el amor), la cual se alzaba en una extraña colina en medio de dos cerros, con el tamaño de una pequeña iglesia y grandes ventanales completamente polarizados; todo era irreal: llegábamos a la que se suponía era la cima de una gran colina y sólo resultaba una insignificante ondulación de tantas en el horizonte liminal que se nos mostraba en múltiples ángulos anormales; las enormes y cercanas nubes parecían asomarse desde algunas colinas y cerros que conquistamos, y el cielo se sentía más irreal que de costumbre, como al mismo tiempo más profundo y próximo.



Las horas pasaron como segundos, como días y como horas, dependiendo el momento, como cuando pasamos muy lentamente allende a un pueblo largamente abandonado, con frágiles techos, caminos infestados de árboles, escuela en ruinas, con abandono y entrega totales, como rebosando grandes cantidades de pasado; mucho tiempo después, pasamos por otro pueblo en las mismas condiciones, pero este era considerablemente más grande y escarpado, teniendo como amplia avenida principal un profundo arroyo, seco desde hace muchos años, con numerosas casas abandonadas en sus márgenes, varios metros por encima de del muerto cauce, convertido en un flujo imperceptiblemente lento de rocas por las que ahora sólo el viento transita.

Pero los recuerdos más valiosos, aunque difusos, son los innumerables detalles y realidades internas imposibles de transmitir, de comunicar, al ser inefables, que ocurrían sincrónicamente con los sucesos exteriores como si unos fueran causa de los otros, y viceversa; recuerdo al tiempo transcurriendo con irregularidad impropia, pero en compañía más íntima de mi consciencia; recuerdo al sol lanzando sus rayos desde el cielo, desde los reflejos del agua, por entre las hojas de los árboles, y desde mí.

Los nombres propios de esos lugares sólo confirman la simbiosis de la consciencia con el entorno; sus ubicaciones relativas parecieran representarme como la proyección de un mapa interior; su clima y su humedad son el pronóstico de la niebla que contengo, del rocío que me vuelve nube; sus personas son como sombras que se independizaron de mi cuerpo y que ahora me sonríen desde la otredad; yo mismo ahora soy tan diferente, mi vida me parece tan ajena, la palabra voluntad va perdiendo su significado porque algo inconmensurablemente más grande actúa a través de mí, me lleva como una ligera pluma en los brazos caprichosos del viento; pero este viento alquímico porta en sí el significado de todo, sus repetitivas rachas representan los arquetipos que van aglutinando y conjugando las realidades compartidas, y que son como las manos divinas de la preservación y de la existencia, como signos y pistas de la inminente unión, completa y definitiva.

Al volver a casa, al hogar de lo previsible, el agotamiento me inunda, extenuado no por los kilómetros recorridos, sino como si hubiera estado despierto durante incontables años, como si me hubiera derramado por el mundo y el mundo se hubiera derramado en mí, y eso hubiera requerido indecibles esfuerzos físicos, anímicos, espirituales y mentales; conozco bien esa sensación, he hecho decenas de viajes similares a lo largo de los pueblos de esa misma sierra.

Mañana hay que volver al trabajo, por ahora sólo dormir y soñar, esperar que la cercanía y la cotidianidad, tan asfixiantes y celosas como de costumbre, en algún momento den paso a lo remoto y a lo interior, a lo interior y a lo remoto, tan indisolubles, en la forma de otro trayecto a esa sierra, o en una carretera congelada al otro lado del mundo, en la cima de una montaña, en la parte más profunda de una enorme y laberíntica cueva, en una lejana metrópoli donde nadie me conoce, entre una multitud para la que soy invisible, o quizá en la forma de un sueño del cual me destroza el corazón haber despertado, de una parte de mi cuarto ignorada durante años, de un atardecer tan distinto a los demás, de los rápidos y precisos movimientos de los pájaros que comen de mi mano mientras las campanas medievales anuncian el mediodía, el mediodía del entendimiento, que con exquisita calidez ebulle los ríos internos, llenando el aire de niebla divina.



POEMA COMUNITARIO

En el marco del evento "Encuentro con las Letras", celebrado el 28 de octubre de 2026 en el Plantel 19 del Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa, "Gral. Rafael Buelna Tenorio", las y los estudiantes participaron en la construcción de un poema comunitario.

Inspirados por el espíritu creativo de Rafael Buelna, quien en su juventud también incursionó en la poesía y el periodismo, las y los participantes aceptaron un singular desafío: cada estudiante podía leer únicamente el verso anterior al suyo, sin conocer el contenido completo de la composición.

El resultado es un texto colectivo, tejido verso a verso por las voces de una comunidad estudiantil. A continuación, presentamos el poema comunitario elaborado por las alumnas y los alumnos del ciclo escolar 2026-2027.

Me observo en el espejo
Pienso
Recuerdo mi pasado
Y digo
¿Será posible Poder cambiarlo?
O simplemente
Poder olvidarlo…

Sueño
Lucho
Aprendo

Y en cada paso
Me transformo

El amanecer nublado
Me inspira paz
Los árboles dan vida
La luna es hermosa

Pero que sabes
Me gusta el té
Pero me gusta más
El café de tus ojos

Tus besos sabe a miel

Levantarme, con la esperanza
De ver tus ojos
Tu risa
Tu abrazo
Esa es mi luz
Mi ilusión

Debemos aprovechar
Al máximo
Siendo felices

Es un buen amigo
Con quien puedo refugiarme
En los días
Tristes
Y
Nublados

El día nublado
Me da un buen sentir
Sigo esperando si va a llover
O
el sol va a salir

Cuando pienso
En la felicidad
No puedo dejar
De mirar mi presente

Los jóvenes
Ojalá
Tengan más interés
En la educación
La vida nos mueve
Por lugares
Por Espacios
Inesperados
Todo es emoción
Todo es aprendizaje

Y

Entonces comprendí
Que en las letras
Vive el mundo ideal

ÉVORA.

Évora es una revista cultural digital sin fines de lucro dedicada a la difusión de la literatura, las artes y el pensamiento contemporáneo. Surge como un espacio para promover la creación literaria, el diálogo cultural y la reflexión crítica sobre nuestro tiempo.

LITERATURA · ARTE · PENSAMIENTO

Revista cultural digital — Núm. 1 · Año 2026